

**gasti:**

«Luciérnagas del fondo»

de Vilma Tapia Anaya

con arrimarnos a la rumorosas metáforas de la poesía en calidad de creyentes indocumentados.

Y si esto fuese así, es dable creer que Vilma Tapia Anaya nos ha reunido aquí -en el Avesol- para compartir la otra cara del ritual de su escritura; vale decir, su lectura. Para quienes suponen que Vilma es cochabambina e ignoran que sus lazos con la poesía vienen de muy lejos, habrá que recordarles que nació en La Paz y tienen en su haber cuatro libros: *Del Deseo y la Rosa* (1992), *Corazones de Terca Escama* (1995), *Oh Estaciones, oh Castillos* (1999) y *Luciérnagas del Fondo* que esta noche pone a disposición de sus amigos.

Vilma ha dicho que *Luciérnagas del Fondo* es lo mejor que ha hecho, que es el libro que más le gusta. Sería un error contradecirle. Es preferible conjeturar que, tras la cuarta inmersión en su propia sima, ha retornado al mundo de todos los días influida por unas imágenes que vio en el fondo de sí misma. Qué de extraño que las considere únicas incluso en relación con sus anteriores obras.

Pero nosotros, al fin y al cabo lectores que certifican desde fuera esas valerosas incursiones, sólo vemos que por el momento cuatro islotes, aparentemente muy distintos y que, sin embargo, proceden de una sola y ondulante geografía abisal. Que parezcan esos islotes entidades autónomas, es lo de menos, si lo que importa es saber de dónde vienen y hacia dónde apuntan.

En otras palabras, lo que se dice en *Del Deseo y la Rosa* se lo repite en los tres libros que le sigue. El formato podrá ser distinto, diferente el tono con que se asume la experiencia de vivir, diverso el modo de grabar el vuelo de lo incomunicable, pero el estremecimiento es el mismo. Su persistencia nos invita a reconocerlo como un acto de fe.

¿Cuál es ese estremecimiento?

Quien quiera que se asome a la poesía de Vilma advertirá que el amor la sostiene. Grave elección en tiempos en que otros afanes garantizan prestigio y audiencia. Si se habla sin tartamudear de las relaciones sexuales, es obvio que sale sobrando el espacio casi religioso que en esta obra se le concede al amor. Si el cuerpo ha sido fotografiado de arriba y de abajo, y de los cuatro costados, ¿con qué avieso fin ensalzarlo a todas horas?

Para que elabore el mágico insomnio que delata a los seres libres -decimos nosotros.

En la obra de Vilma está ausente la sospechosa dicha de los complacientes. Y sin embargo, su mundo es un mundo sin pérdidas, anclado en el presente pero son asideros fiables para quienes equivocaron el rumbo o, simplemente, tienen otro rumbo. ¿Será por eso que terminamos siendo contemporáneos de esta amorosa aventura poética?

Si la poesía responde al lector, es natural que Vilma nos diga:

-Una a una a mí volvieron las jóvenes que fui / en olas de amor

y sueños

Si la poesía es la pregunta que esperaba formular el lector:

-Pero quién mirará atrás / qué ojos / cuando mi cuerpo se ausente?

Si la poesía asume el riesgo mayor:

-El amor / mi campo de batalla / mi camposanto / mi fuente de vida / mi nido de rosas / mi prueba de fuego / mi corona de espinas / mi tierra prometida.

Si la poesía se parapeta en los antiguos enigmas:

-En mí / cualquiera te descubre.

Acostumbrados a la boina gris y al corazón en calma que nos dejó Neruda, la mujer sin boina y con el corazón inquieto podría hacernos zozobrar en nuestros viejos hábitos si no estuviera con nosotros Vilma para preguntarle cómo es esa mujer por las palabras del amor.

